

J. J. Harro

BIBLIOTECA

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

DE MADRID.



[illegible]

EL PELUQUERO EN EL BAILE,

Pieza cómica en un acto, imitada del francés por D. Antonio Maria Segovia, representada con grande aplauso en el teatro Español el año de 1849.

(SEGUNDA EDICION.)

PERSONAJES Y CARACTERES.

DON CRISANTO, hombre de mundo, agasajador, cortesano, de carácter flexible, afectado en sus modales y vestido: edad de 45 á 50 años, pero con deseos de parecer joven.

EL BARON DE TOKEMBOURG, alemán acaudalado, negociante codicioso y algo celoso como marido: 50 años de edad.

LA BABONESA, muger de 28 á 30 años, algo insustancial y coqueta: esposa de Tokembourg.

CAROLINA, jóven de 16 años, sin trato ni experiencia, y de poco despejo; sobrina del baron.

NARCISO PELOTE, peluquero, hombre de 25 á 30 años, carácter entre atolondrado y bellaco.

DON EDUARDO BENAVIDES, jóven pintor, de buena educación y finos modales.

FERMIN, criado de la casa.
Criados, músicos y convidados de ambos sexos.

La escena se supone en Madrid en 1640.

El teatro representa una sala rica y elegantemente adornada, la cual se supone intermedia ó de paso á otros salones que están dispuestos para un baile. En primer término habrá á cada lado una mesa con un grande espejo. Puertas practicables al foro, y á derecha é izquierda del espectador: esta se supone que da paso á la salida de la casa, y las otras á lo interior. Por la del foro se descubrirán otras salas igualmente iluminadas y adornadas.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon varios criados, algunos vestidos de librea, estaran acabando de encender las arañas y acomodar los muebles. Despues de un pequeño intervalo de tiempo salen don Crisanto por la derecha y Fermin por la izquierda. Aquel vestido con excesiva afectacion.

Fer. Señor don Crisanto?

Cr. Ferminillo, ¿y tú amo?

Fer. Mi amo?.. Qué! . No está. Ahora mismo iba yo en busca de usted.

Cr. En busca mia! No está tu amo?

Fer. Hace dos horas que ha salido de Madrid en posta; y me ha dejado esta carta para usted.

Cr. Tu amo ha salido en posta! (Fermin mirándole de hito en hito.) Fermin, no te he dicho mil veces que el abuso de los licores espirituosos transforma en bestias á los hombres?

Fer. Qué licores? Vaya, que tiene usted unas cosas! Aquí está la carta que lo reza todo.

Cr. A ver la carta, hombre, á ver la carta... ó, si no, mira, leemela tu mismo, mientras yo me arreglo esta corbata, que se me ha declarado en rebelion abierta... lee, chico, lee.

(Se pone delante de un espejo á componerse el lazo de la corbata, mientras Fermin abre y lee la carta. Desde este momento en adelante se verán entrar y salir convidados, sirvientes y músicos, cuidando de hacerlo en ocasiones y de manera que no perjudique al efecto y juego escénico.)

Fer. Verá usted. (lee.) «Crisanto mio: la casa Darville de Paris me ha enviado un espreso avisándome que está para naufragar aquel asunto que sabes...»

Cr. Diablo!

Fer. «Y reclamando mi asistencia personal. En consecuencia he arreglado mi viaje, y salgo en posta inmediatamente. Abi te dejo mi proyectado baile y á esa cáfila de convidados; componte con ellos como puedas...»

Cr. Bravo!

Fer. «Que no he de perder yo mi fortuna por escrúpulos de etiqueta. A cada uno de mis criados he ofrecido cincuenta palos...»

Cr. Sopla!

Fer. «A sesenta dias fecha, que les abonaré religiosamente, si no te obedecen como esclavos sumisos. Dispon, ordena, y manda despóticamente. Recibe á las gentes, y achaca mi ausencia á lo que te dé la gana, menos á su verdadera causa. Adios.»

CRI. No dice mas?

FEB. No señor, y no es poco.

CRI. Conque es decir que me echa el muerto encima?

FEB. Y á quién mejor? Usted que entiende de estas cosas... que acaba de venir de París... que conoce á todo el mundo...

CRI. Oh! si; eso si, á todo el mundo. Pero de puro conocergente en toda Europa, y á fuerza de no haber cara para mi desconocida, hago unas estraladas!... Armo unas troca-tintas!... Voy por la calle; veo venir un conocido, le saludo afectuosamente, y es un rival. Encuentro á otro, voy á abrazarle, y es un acreedor. Dívise un extranjero, le hago mil cortesías, y es mi zapatero de Londres. Tropiezo con otro; le alargo la mano familiarmente, y entouces caigo en que es mi sastre de París... Pero en fin, saldremos bien del empeño: el asunto es servir á mi amigo Velazquez; con qué, vamos, conviene no perder el tiempo. Tú, Fermin, de sobrestante, y... cuidado con estar en todo.

FEB. Está bien, señor.—Domingo, Blas, muchachos. (se acercan algunos criados.) Aquí teneis al señor don Crisanto, ya sabeis los encargos del amo.

CRI. Eal! estadme todos listos, que para el que se porte habrá propina. (haciendo con la mano como si contase dinero.) Y para los remolones gratificación. (con ademán de dar palos. Los criados se dispersan; don Crisanto detiene á uno de ellos trabándole por el brazo.) Y tú, camueso, ven acá. A dónde vas á parar con esa media vara de cuello de camisa? (componiéndoselo por su mano.) O es que te has empeñado en proteger las fábricas de cotanza?

FEB. (Qué cosas tiene este hombre!)

CRI. Ajá! Anda con Dios. (se retiran los criados.)

FEB. Aquí viene ya una señora, y ya hay adentro algunos caballeros. No madrugan poco.

ESCENA II.

CRISANTO, la BARONESA.

CRI. (saliendo al encuentro y dándole la mano.) Señora... tengo la honra de...

BAR. (tomando la mano y viniendo hacia el principio de la escena.) Gracias: ¿tendra usted la bondad de decirme donde está el señor de Velazquez, el dueño de la casa? He venido sola y tan temprano, con el fin de hablarle... tengo mucho empeño en decirle cierta cosa...

CRI. Señora... yo lo siento en el alma; pero un negocio importantísimo le ha alejado de casa, muy á pesar suyo.

BAR. Es posible? Pero qué asunto?

CRI. A mi me ha dejado el encargo de recibir á sus amigos. Ya se vé, como yo conozco á todo el mundo... como él sabe mis relaciones...

BAR. Pero es muy extraño. Precisamente en una noche como esta, en que dá un baile magnífico, ruidoso, al cual se atribuyen intenciones secundarias! Porque... aquí, para entre nosotros, hay quien dice que lleva miras políticas.

CRI. Acáso.

BAR. Otras lo achacan á cierta treta mercantil.

CRI. Tal vez.

BAR. Y no falta quien asegure que es un obsequio indirecto y disimulado á cierto personaje re-

cien venido... que es á lo que yo me inclino.

CRI. Qué mala es usted!... Qué penetracion! Bien me decia él al despedirse: aquí... aquí mismo; al darme el último abrazo en esta sala: «amigo, distingue especialmente, obsequia, mima y regala á la duquesita. (la baronesa se rie.) Es la perla de las damas de Madrid.

BAR. Ja, ja, ja. Pues ha equivocado usted el encargo, porque yo no soy duquesita ni por pienso.

CRI. Cómo no! Pues hubiera jurado...

BAR. Dejemos eso, señor don Crisanto... (Yo si que le conozco á usted.) Y vamos á lo que importa. A mi me interesa mucho saber si ha venido el baron de Tokembourg.

CRI. Tokembourg? El secretario de la embajada de...

BAR. No, hombre, no; si es un rico banquero.

CRI. Si, si, si; ya le conozco, sino que hay otro del mismo nombre. Pues voy á ver si está, y le conduciré á las plantas de usted. (haciendo cortesías.) Señora...

BAR. (correspondiendo.) Adios.

ESCENA III.

LA BARONESA, sola.

Oh! si mi marido no está, yo le cantaré la cartilla al bribon de Edoardo. (leyendo una carta.) Falso! «Haga usted por dejar de ir al baile con cualquier pretexto... importa que nos veamos». Mi vida pende de esta entrevista. «Qué infamia! Si no hubiera yo sabido por su criado que venia... Oh! lo que él quería era tenerme asegurada en casa, y venirse aquí á hablar con la sobrina de Tokembourg mi marido. Traidores de hombres!» (componiéndose al espejo.) Que tanta es la mujer que no toma como yo desquite largo y anticipado! Irer por los mismos liles. ¿Y cómo se compundrá para venir á un baile de etiqueta en casa de Velazquez, si él no le visita, ni le trata...

ESCENA IV.

LA BARONESA, DON CRISANTO.

CRI. (muy oficioso.) Mil y mil veces perdon por mi tardanza, señora. El baron de Tokembourg indudablemente no ha venido todavia.

BAR. Doy á usted gracias. (Dónde se habrá detenido?) Pues voy adentro.

CRI. Si, si, señora, y si usted me permite... hasta la puerta... (dándole el brazo.) solo hasta la puerta del salon... porque temeria ser indiscreto. Todo mi afán es no ser indiscreto.

BAR. Que hombre tan original! (la deja en la puerta con mil cortesías y vuelve.)

ESCENA V.

DON CRISANTO, solo, y despues TOKEMBOURG y CAROLINA, vestida de blanco con flores en el peinado.

CRI. Vamos, es preciso confesar que hoy estás para ello: elocente, amable, galan... Hay dias de inspiracion, en que la llama del genio... Y que pronto me ha conocido esta bellisima desconocida, y con qué amabilidad me ha tratado! Es verdad que ella tiene y ha tenido to-

da su vida un carácter tan igual, tan bondadoso... siempre atenta, siempre complaciente con todos... Siento mucho no conocer á esta muger.

TOK. *(que sale vestido con alguna ridiculez y trayendo del brazo á Carolina.)* Fén, mi querita, siempre al laro mío. Qué buscas mirando á detrás de ti?

CAR. Yo, tío? Nada.

CRI. Oh! Coánto me alegro de ver á usted por aquí, mi general.

TOK. Jénral! Oh! yo no estoy jénral. Uisté sabe pien, senior te ton Crisanto: uisté conose pion mi. Tokembourg: uisté no acuerda? Tokembourg: panquero...

CRI. Si, si, banquero de Amsterdam.

TOK. No, te Fiena, el paron de Tokembourg: paron te primera clase.

CRI. Ah! si; pues no me he de acordar? Usted es el senior baron Tokembourg, banquero de Viena.

TOK. Precisamente.

CRI. Célebre por sus buenos patacones.

TOK. Patacones! No entiendo isto palapra. *(saca un libro de memoria, y apunta con el lápiz.)* Yo buscaré al ticsionario.

CRI. Persona muy conocida, á causa de tener por esposa á tan linda criatura. *(señalando á Carolina.)*

TOK. Mas no es esta mi esposa, mi soprina solamente.

CAR. Servidora de usted.

CRI. Ah! si... señorita, usted dispense... soy tan corto de vista! Pues, y la señora baronesa, cómo no tenemos el gusto de verla?

TOK. Es quedada en casa enferma.

CRI. Se ha quedado enferma? Qué fatal casualidad!..

TOK. Oh! amigo! Presisamente el contrario te casualitat, esto susete á ella toros los tías.

CRI. Es desgracia: eso de ponerse uno malo á cada triquitraque.

TOK. *(apuntando en la cartera.)* «Tener malo el triquitraque.» Yo buscaré al ticsionario.

CRI. Pero en fin, no será cosa de cuidado...

CAR. Una jaqueca. Yo no hubiera venido, pero mi tío se empeñó... como hoy estoy fuera del colegio.

TOK. Por esto he traito á ella. Además: yo confesaré aquí con muchos capalieros altos políticos sobre este empréstito...

CRI. En efecto, corren voces de empréstito.

TOK. Mas, ¿el senior Felasques?

CRI. Amigo, ha salido en posta para Paris, hace tres horas.

TOK. En posto! esto es admiraple!

CRI. Seguramente. A mi me ha dejado el encargo de recibir y agasajar á sus amigos; y al darme el último adiós, aquí, aquí mismo... sentado en esta silla y tomando un poco de vino y bizcochos, me dijo: te recomiendo mucho, Crisanto, que obsequies particularmente al señor baron de Tokembourg, y...

TOK. Oh! este puen amigo! yo quiero mucho á él, este puen senior Felasques.

CRI. Pero ya se me olvidaba: adentro hay una señora jóven que pregunta por usted con mucha instancia.

TOK. Un seniora jofen!

CRI. Si: su prima de usted me parece.

TOK. Prima!

CRI. Voy al instante á avisarla... Ah! aquí viene ella.

ESCENA VI.

Dichos y la BARONESA.

TOK. Qué feo! mi esposa. } *(á un tiempo.)*

CAR. Mi tia!

BAR. Si, yo soy. Adios Carolina. *(se besan.)*

TOK. Uisté sorprente muchio á mi, seniora. ¿E

aquella enfermetat?

BAR. Se ha disipado.

TOK. Esto es frecuente á usted. Este senior te ton Crisanto tesia á mi que una prima...

CRI. *(con aire placentero.)* Por proporcionar á usted una sorpresa.

TOK. *(Es agratable el sorpreso.)*

BAR. Velazquez se ha ausentado.

TOK. Si seniora: yo se esto.

BAR. Y por consecuencia no hay quien nos diga que personas son las convidadas. Por que en tales reuniones, siempre es bueno saber...

CRI. Oh! en cuanto á eso, yo puedo servir á la amable baronesa... aquí tengo una lista... *(la saca.)*

BAR. Ola! Tan á mano! Está en ella un jóven?..

TOK. *(up. con estrañeza.)* Un jóven...

BAR. Que se llama... no puedo acordarme... uno buen mozo...

TOK. *(Puen moso ja dicho esta seniora!)*

BAR. *(recordando.)* Ah! Eduardo Benavides.

CAR. *(Eduardo! Dios mío! sabrá mi tia...)*

CRI. Benavides! Somos amiguísimos: un comandante de la guardia?

BAR. No, si este es un pintor!

TOK. E un pintor en isto paile?

BAR. Y qué importa? Un hombre de ingenio en todas partes debe ser bien recibido.

TOK. E uisté, seniora, ¿tirá á mi tonte ja jecho il conosimiento te esto capaliero ton Penafides?

BAR. Todo el mundo le celebra mucho: ha asombrado en Roma, ha ganado un premio en Paris... y tengo curiosidad de conocerle... Me gustan tanto los artistas!

TOK. Esta curiositat es mucho estrania á mi: un artista es un hombre como un otro.

BAR. Si por cierto: para los banqueros, lo mismo son las artes que la carabina de Ambrosio.

TOK. *(El carapino te Amprosio! Esto palapra es timonio.)* Yo buscaré el ticsionario. *(la apunta.)*

CRI. *(después de haber recorrido la lista.)* Pues seniora mia, no está en la lista Benavides. No sé como he pasado por alto á un amigo tan querido.

CAR. *(Ay! no vendrá entonces.)*

BAR. *(Eso me tranquiliza.)*

CRI. Oh! oh! muchos coches oigo parar á la puerta, será preciso que rompa el baile.

TOK. Uisté, seniora, jará á mi l' honor te pailar conmigo.

BAR. *(con ironía.)* Jesus que esposo tan amable! *(Tokembourg da el brazo á la baronesa y á Carolina, y se encamina á la puerta de la izquierda.)*

ESCENA VII.

Dichos, y varios convidados de ambos sexos. Van saliendo sucesivamente por la puerta de la derecha y entrándose por la de la izquierda, que se supone da á los salo-

nes de baile: don Crisanto habla y agasaja á todos, haciendo cortesías á las señoras, dando la mano á los hombres, etc.

Cat. Dios mío! Qué de gente!—Señoras, á los pies de ustedes.—Oh! mi querido amigo.—Abur Paquito, cómo vá?—Condesa... Usted ya restablecida?—Señor marques, á la obediencia... Al salón, señores, al salón.

ESCENA VIII.

Narciso sale poco á poco por la derecha mirando á los que se entran por el lado opuesto. Está vestido con poca elegancia y ropa no muy buena, pero peinado con mucho esmero, y el cabello muy rizado. Se oye la orquesta tocar un vals.

Caracoles! Qué peinado! Qué cabeza! (*siempre mirando adentro.*) Esto es lo que se llama... Uf! gracia, elegancia, novedad... y hasta osadía... Pero, calle!.. La osadía es la que yo he tenido en colarme hasta aquí de rondón... Vamos á fuera, Narciso, que aunque en un baile bien puede entrar un peluquero, el decoro de la clase no consiente que se meta uno así, como trasquilado por iglesia y sin billete de convite. (*va hacia la puerta y retrocede.*) mas... si estará tan espedita como la entrada la salida?... Supongamos que encuentro al amo por esas antecámaras: él dicen que es hombre ligero de cascos, y si no me conoce... si no me conoce, es capaz de mandar á sus lacayos que me tiren por la ventana. Si por acaso me conoce... ah! entonces puede que me haga bajar por la escalera, pero... de cabeza. En fin, ya no hay remedio. (*cesa la orquesta. Se encamina otra vez á la puerta, y se asusta al ver en un espejo su propia imagen*) ¡Ola! Quién viene allí?... Oh! pues si es mi mayor amigo (*se acerca al espejo, y habla con él.*) Señor don Narciso Pelote, ¿cómo lo pasa usted, querido? Usted estrañará verme en semejante parage? Pues ha sido cosa muy sencilla. Yo sabía que en esta casa se dabahoy un gran baile, y deseoso de divertirme y aprender, vine á colocarme en los umbrales para estudiar cabezas. En esto llega un simón, abre-se la portezuela, y apáese un caballero viejo, y detras otro mas viejo, y después un oficialito, y luego una señora, y otra señora, y una señorita, y un perro faldero... En fin, no parecía si no que en aquel coche se había dicho la última misa en día de fiesta. Pero es el caso que una de las que bajaron, traía en la cabeza, no un peinado, no, sino... un prodigio del arte, una octava maravilla... el Escorial de la peluquería. Quedé estático: los ojos se me fueron tras de aquel asombro, la cabeza siguió á los ojos, el cuerpo á la cabeza, las piernas al cuerpo, y todos así unos detrás de otros dimos en este salón. Entramos por esa puerta, y sabe Dios, amigo Pelote, si saldremos por ese balcón. Por cuyo motivo, saludo á usted, y emprendo la retirada. (*va á salir y se detiene.*) Pero... no será malo dejar antes algunas targetas esparcidas poraquí, que aun este uso es bueno traerle de Francia. (*saca dos ó tres y las esparce sobre la mesa.*) Ay! gente viene.

ESCENA IX.

CRISANTO, NARCISO.

CR. (*yendo hacia él.*) Oh! amigo mío.

NAR. (*turbado.*) Servidor de usted... (*Este me conoce? soy perdido.*)

CR. (*Yo conozco á este, y no recuerdo.*) Usted no se acuerda de mí?

NAR. No caigo: como ha tenido uno entre manos tanta gente...

CR. (*Pues estamos iguales.*) Cuanto me alegro de... nos hacia usted suma falta.

NAR. De veras? (*Vamos, algun peinado descompuesto repentinamente... tal vez la peluca del amo de la casa. Y como soy necesario, se me halaga en vez de espulsarme á puntapiés. Lo que es el corazón humano! Lo que es el mundo!*) (*mientras dice esto Narciso, don Crisanto le observa con el lente y repasa la lista.*)

CR. Y el caso es que yo creí que se había olvidado contar con usted.

NAR. Tal vez.

CR. Omisión que nunca me perdonaré, siendo yo el encargado del convite. No ha recibido usted billete?

NAR. Y usted me lo pregunta! (*Pues, señor no lo entiendo, si se estará burlando este socarrón?*)

CR. (*No da lumbres. este arbitrio me valga*) En fin, yo quiero que usted mismo se satisfaga. Busque usted su nombre y... (*le da la lista.*)

NAR. (*después de haberla repasado*) Nada absolutamente: ya lo presumía yo.

CR. Qué descuido!

NAR. (*Está visto; me equivoca con otro.*)

CR. La bondad de usted sabrá dispensar... Yo que conozco el carácter de usted, su indulgencia, su amabilidad...

NAR. Si... (*Como no conozcas mi peluquería...*)

CR. Espero que perdonará usted á su antiguo amigo.

NAR. Por perdonado. Qué caramba! Entre amigos todo eso no vale un cuerno.

Cat. (*Qué lenguaje!*) Y al paso que tan digno sugelo se ha escluido de nuestra brillante sociedad, quizá se habrá introducido en ella furtivamente algun otro ente depreciable.

NAR. Uf! apostaría yo á que si una merienda de callos con chorizo.

CR. (*Qué estilo!*) Ya hay sospechas de que un advenedizo...

NAR. (*inquieto.*) Un advenedizo, eh?

CR. Si, según lo que se le ha escapado á la baronesa de Yokembourg, un artista; pero como ahora se llaman artistas hasta los estereros...

NAR. (*Esto lo dice por mí, no hay remedio.*)

CR. Y allá dentro hay cuatro calaveras que se han propuesto descubrirle y echarle por la escalera abajo

NAR. No es mal pensado. (*Pues estoy fresco.*)

CR. (*Y no he de poder yo averiguar...*) Y es cierto, amigo mío, que le tenemos á usted de diputado?

NAR. Qué! Nada de eso... Si yo... usted que... en fin, como puede usted figurarse... eh?

CR. Si; si, ya caigo. (*Pues ahora no puedo menos de acertar.*) Ministro ya sé que lo ha sido usted durante mis viajes.

NAR. Tampoco.

CR. Ni siquiera eso?

NAR. Ni siquiera.

CRÍ. Pues como ha escapado usted?

NAR. No sé... los partidos... Y eso que yo tengo mucho r... ce con las principales cabezas...

CRÍ. Y comunican á usted sus planes?

NAR. Señor, algunos vienen tan descabellados que le daría á usted compasión... pero yo les echo unas pelucas... ¡U!

CRÍ. ¡U! Pues eso es lo que se llama ejercer sobre ellos una gran superioridad. (*don Crisanto se compone de cuando en cuando el pelo, ya con una, ya con otra mano; Narciso se le impide.*)

NAR. No, no, permítame usted... (*componiéndole.*) estos rizos caen así con mas gracia. Vê usted?

CRÍ. Oh! qué amabilidad! No se tome usted tanta molestia. (*Que estravagancia!*) Y ese sombrero? Permítame usted que se le quite, porque usted no bailará, y no siendo clak...

NAR. No, no, yo me retiro.

CRÍ. Cómo así?

NAR. No estoy convidado, y... sentiria encontrarme con el amo de la casa.

CRÍ. Bah! El no repara en etiqueta... Es una cabeza descompuesta.

NAR. Pues por eso mismo: podrian creer que yo traia miras interesadas.

CRÍ. Qué disparate! Ademas, está ausente.

NAR. Ola! (*Respiro.*)

CRÍ. Conque venga el sombrero... Lo pondremos sobre esa mesa mientras viene un criado. Pero, calle! qué targetas son estas?

NAR. (*Adios mi dinero.*) Targetas?

CRÍ. Sí. (*leyendo.*) «Narciso Pelote, peluquero.»

NAR. Oh!... Le conozco; Narcisillo-mozo estimable, muchacho de grande habilidad.

CRÍ. Si! Lo que es la industria! Cómo habrá hecho llegar aquí...

NAR. No dicen en persona?

CRÍ. No, ni es posible.

NAR. Pues las habrá introducido por arte de biribirloque: él es listo. Aconsejo á usted que le busque parroquianos.

CRÍ. Con que es abujado de usted?

NAR. No; pero me consta que es un artista consumado... digo, artesano, artesano... Luego el pobre ha tenido desgracia. Figúrese usted que ése se enamoró de una muchachuela... una tal Catalina, buena pieza! discipula del conservatorio de música.

CRÍ. Desaplicada, he?

NAR. No, al contrario: daba muchas esperanzas; pero se las daba á todo el mundo, y el pobre Narciso Pelote vivía celoso, desesperado... hasta que un día la bribona le plantó.

CRÍ. (*Como voy á plantarte á ti.*) (*mirando adentro.*) Quién... quién me llama? Alla voy... Perdone usted, amigo. (*voase apresuradamente.*)

ESCENA X.

NARCISO, y despues EDUARDO.

NAR. Vaya que el hombre es alocado: por fin me dejó libre; ahora lo que me importa es escapar. (*toma el sombrero, llega á la puerta, y saliendo Eduardo le detiene.*)

EDU. Perdone usted, caballero.

NAR. Otra te pego.

EDU. Sabría usted decirme si hay ya en el baile mucha gente?

NAR. Toma! Estan esos salones hechos un infierno.

EDU. (*Mejor; así no repararán en mí.*) Y usted sin duda aburrido...

NAR. Si, si señor, aburridísimo. Con que hasta mas ver. (*hace un cortésio y se marcha apresuradamente. Eduardo le detiene.*)

EDU. Dispense usted, yo siento detenerle: pero...

NAR. Pero... me detiene usted.

EDU. Me hallo en tal apuro... tengo mi cabeza de manera... En fin, yo quisiera deber á usted un favor.

NAR. (*Si querrá rizarse el pelo?*) Pero... que especie de favor...

EDU. Tan solamente que tuviera usted la bondad de acompañarme al entrar en el baile. Eso de presentarse uno así solo, cuesta cierta repugnancia...

NAR. En efecto, yo tambien he sentido esa repugnancia; y es tal, que ni solo ni acompañado. Con que hasta la vista. (*vuelte á saludar y á marcharse.*)

EDU. (*deteniéndole.*) Perdone usted.

NAR. No puedo, no puedo detenerme.

EDU. Pero ni un momento siquiera? Qué motivo...

NAR. Hace aquí un calor insoportable.

EDU. Pues si estan los balcones abiertos.

NAR. Huy! Muchísimo peor... Eso es muy mal sano... para el estado en que yo me encuentro.

ESCENA XI.

Dichos, y don CRISANTO.

CRÍ. Señores, señores, dos jóvenes aquí mano sobre mano, mientras por allá dentro la mitad de las damas no tienen pareja? Qué escasez de hombres! No hay ya hombres, amigos: cómo escasean los hombres en España! Ni para gobernarlos... ni para bailar un rigodon.

EDU. (*Este tampoco me conoce.*)

CRÍ. (*á Eduardo.*) Y usted, amigo, como lo ha pasado?

EDU. Siempre para servir á usted. (*Qué esto?*)

CRÍ. Velazquez, el dueño de la casa, se ha ido con el mayor sentimiento de no poder despedirse de usted.

EDU. Cómo! (*Este me equivoca con otro.*) Pues que, se ha ausentado?

CRÍ. A diez leguas de aquí estará lo menos en este momento.

EDU. (*Qué fortuna!*)

CRÍ. Con que vaya, fuera los sombreros; (*se los dá á un criado que atraviesa la escena.*) y á bailar. Yo creo, según el gentío, que aun rebosará en esta sala algun rigodoncillo. Adios, señores.

NAR. (*llamándole aparte.*) Con permiso... usted conoce á este jóven?

CRÍ. Muchísimo. Le conozco mejor que usted.

NAR. No lo dudo. Pues quisiera saber... porque, como decíamos antes, en estos bailes suelen escurrirse ciertos perillanes, ciertos traviesos intrigantillos...

CRÍ. Oh! Este no tiene nada de intrigante ni de travieso: es uno de nuestros mas hábiles diplomáticos. (*alto á los dos.*) Hasta luego.

EDU. (*atajándole el paso.*) Disimule usted si le importuno. Tendría usted la bondad de decirme, ese caballero quién es? Yo he estrañado su traje, sus modales... No le he visto en ninguna casa de forma.

CRI. Pues ahí donde usted le vé es un escritor de mucha fama.

ESCENA XII.

NARCISO, EDUARDO.

EDU. (Pues sea lo que fuere, yo algo he de hacer.)

NAR. (Veamos si puedo embaucar á este... al fin es un diplomático español. Podría proporcionarme muy buenos parroquianos.)

EDU. Ahora bien, usted se decide á quedarse?

NAR. Sí señor, y sea lo que Dios quiera. Por otra parte, veo que usted tiene gusto en que yo me quede.

EDU. Yo?

NAR. Pues.

EDU. (Qué modo de desfigurar las cosas el tal escritor! Apostaría á que es periodista.)

NAR. Vamos; yo veo que usted necesita de mí, y no quiero negarme. Tiempo vendrá en que reclame la correspondencia.

EDU. Tanta bondad! Pues señor, entremos juntos.

NAR. Sí, entremos, entremos juntos. (*se encaminan juntos á los salones, y Eduardo se detiene.*)

EDU. Gran Dios, qué veo? La baronesa al lado de Carolina!

NAR. Qué es eso, no entramos ya? Nos hemos arrepentido? (Apostamos á que este también es peluquero?)

EDU. (*perplejo.*) Aguarde usted

NAR. No, lo que es yo no tengo prisa.

EDU. (*evolviéndose repentinamente á Narciso*) Amigo...

NAR. (*en el mismo tono*) Amigo mío.

EDU. Puedo contar con usted?

NAR. Hasta la pared de enfrente.

EDU. Pues ésta es la ocasión. Vé usted aquel último espejo?

NAR. Sí señor; es hermoso. A mí me vendría de perlas.

EDU. Junto á él, no divisa usted una señorita con vestido blanco y unas flores en el peinado?

NAR. Sí, sí; pero aquello no vale nada: la guirnalda está puesta sin arte y sin inteligencia.

EDU. Y eso qué importa ahora? Lo que yo deseo y pido á usted como un favor, es que la saque á bailar.

NAR. A ella! á aquel pimpollo! Vamos, usted querrá decir que yo saque á su madre, á su tía, á su abuela... en fin; á alguna vieja inseparable, para ir usted luego y acomodarse con la moza.

EDU. Nada de eso; yo quiero que usted baile con la jóven.

NAR. Pues, señor mío, á mí no me conviene.

EDU. Cómo!

NAR. Aquí lo tratado es que yo haga por usted algún sacrificio, para tener después derecho al tanto; pero si usted me proporciona una pareja como una plata, ya vé usted que eso no... En fin, no me sale la cuenta.

EDU. Sí digo que será para mí un favor de mucho precio. Mas claro, ahora lo verá usted. (*saca una cartera, escribe; rasga la hoja, y se la dá á Narciso.*)

NAR. (Si me irá á dar recibo del favor?)

EDU. Aquí le digo que necesito hablarla. Usted disimuladamente le entregue este papel.

NAR. Ya, ya.

EDU. De parte de Eduardo.

NAR. Eso es otra cosa: aquí hay intriga, billete, al cabo... es un favor positivo. Yo espero que usted no lo echará en olvido.

EDU. Jamás. (Qué hombre!) Advierto á usted que mis fines son honestos; un amor puro...

NAR. Ps! eso es lo que á mí menos me importa... allá usted se las arregle con su conciencia. Por lo demás, todos los amantes dicen de su amor lo que lo: taberneros de su vino; que es puro; y luego vaya usted á ver...

EDU. Mi objeto es casarme; pero hay obstáculos... (*con mucho misterio.*) que no puedo confiar á usted.

NAR. Usted me honra mucho con esa confianza. (*se oye la orquesta preludiando y hacer señal.*)

EDU. Despáchese usted que empieza la orquesta, y si otro se adelanta...

NAR. Voy, voy volando. (*sale corriendo y haciendo cabriolas. La orquesta empieza un rigodón.*)

ESCENA XIII.

EDUARDO, solo.

No acabo de comprender. La Baronesa aquí! veamos su carta. (*la saca de la cartera.*) Bien claro lo dice. «Le esperaré á usted en casa toda la noche.» Ah! me ha engañado: ha penetrado mi estratagema, y ha querido cogerme *in fraganti*. (*guarda la carta.*) Qué haré? Si habrá cumplido mis encargos ese personage estravagante. (*mirando de lejos á la puerta de la izquierda.*) En efecto, está bailando con Carolina... Si le habrá entregado el billete... Allí está la Baronesa... Fuerza es que no me vea.

ESCENA XIV.

CRISANTO, EDUARDO; *después varias parejas de baile; entre ellos el BARON DE TOKEMBOURG CON LA BARONESA, Y NARCISO CON CAROLINA.*

CRI. Qué infierno! qué gentío! Imposible es que puedan bailar todos á un tiempo. (*vuelve hacia la puerta.*) Aquí, señores, corranse ustedes á estotra sala; esto está mas desahogado, y se oye la orquesta perfectamente.

EDU. En efecto, vienen; huyamos de la Baronesa. (*Salen cuatro parejas de baile, y se colocan dos á un lado dando frente á las otras dos del otro. La pareja mas inmediata al espectador en la parte de la derecha son Narciso y Carolina; la de la izquierda Tokembourg y la Baronesa; antes de colocarse dicen lo que sigue:*)

CRI. Aquí, aquí, señores.

UNO. Pastorela.

OTRO. La pareja de enfrente.

OTRO. Colocarse de cualquier modo, que pasa la música.

TOK. (*colocándose á la izquierda con la baronesa.*) Un parejo falta en nuestro enfrente.

NAR. (*colocándose con Carolina á la derecha.*) Aquí estamos nosotros, ya que así han caído las pesas. (*reparando en la baronesa.*) Qué veo! esta es Catalina! mi infiel Catalina.

TOK. (*sale bailando con la baronesa.*) Uisté difierte poco, seniora.

BAR. Marido de pareja es carne de pescuezo.

TOK. No entiendo esto palabra: yo pescaré al ticionario. (*Narciso sale bailando con las dos.*)

NAR. (Dios mío! este es Narciso.)

NAR. (con acento ridículamente patético) Catalina!

NAR. Silencio!

NAR. Ah! perra tirana!

TOK. (haciendo el solo.) Esto capaliero parece jalar cualque cosa á la seniora. Esto jase á mi muchio curiosidad. (Narciso sale bailando con Catalina y habla con ella aparte.)

NAR. Señorita, tome usted este papel.

NAR. Como! caballero.

NAR. Es de Eduardo.

NAR. Ah! (toma el papel y pasa al lado de Tokembourg.)

TOK. (sale bailando con las dos.) Esto capaliero jala asimismo al seniorita Carolina. Esto es estranio á mi. (Narciso hace un solo extravagante.) (á don Crisanto, que en este momento se encuentra á su lado) Senior tou Crisanto, uistè conose esto capaliero enfrente?

CRIS. Muchísimo: es senador por Galicia.

TOK. Es muy estrania á mi esto dansar por un senador jaliendo. (cesa la música: salen criados con bandejas de refresco, y algunos bailarines se abalanzan á ellas.)

TOK. Uistè, seniora, un sorpete?

NAR. No quiero nada, me siento mala.

TOK. Totalia una enfermetat? Esto pasará pien pronto. Yo fui refescar mi con un poco de poncha si estos capalieros no han traxado jasta los fasos con sus pandejos. (todos se dispersan, y quedan solos la baronesa y Narciso, que se observan reciprocamente.)

ESCENA XV.

NARCISO, LA BARONESA.

NAR. Este Narciso, Dios mío: no se va, no me quite ojo, y conviene no exasperarle.

NAR. (acercándose.) Catalina! Es posible, Catalinita! Tú en este sitio! tú convertida en seniora!

NAR. (inquieta y turbada.) Qué sorpresa, Narciso! y usted tambien...

NAR. Con el usted te me vienes ahora despues de lo de marras?

NAR. Chito, que pueden oirnos. Yo no le he olvidado á usted.

NAR. (queriendo abrazarla.) Qué escucho! Me amarás todavia?

NAR. Juicio, por Dios. Ya son otros tiempos. La fortuna nos ha elevado.

NAR. (Está visto: me tiene por un personage.)

NAR. Pero siempre seremos amigos.

NAR. Amigos! Ah! Catalina! Pues y el amor! Tanto gasto has hecho de él, tanto lo has despilfarrado en el extranjero, que no te queda un poquitillo para tú Narciso?

NAR. Por Dios, por Dios, prudencia.

NAR. Ya no te acuerdas de cuando me llamabas borreguito! Ya te has olvidado de aquel desvan!...

NAR. No... Pero... Ya sabe usted que sali de Barcelona; fui á Alemania; me ajustaron en el teatro de Viena; canté; tuve muchos apasionados...

NAR. Lo creo.

NAR. Un banquero rico se enamoró de mí.

NAR. Un banquero rico! Jamás he tenido yo tanta suert!...

NAR. Me declaró su amor, y exasperado por mí desden...

NAR. Con que tu eras desdenosa en Viena?

NAR. Muy desdenosa.

NAR. Lo que hace el clima! Prosigue.

NAR. En fin, el hombre me ofreció su mano.

NAR. Y tú admitiste? Por Dios, Catalina, si te has casado, que no lo sepa yo nunca... nunca... Vamos á ver, te has casado?

NAR. Entonces creí que debía hacerlo, y me casé.

NAR. Entonces! Como es eso? Es decir que ahora... Eres por ventura viuda?

NAR. Soy rica, y soy baronesa.

NAR. Ah! Ya entiendo: baronesa, rica, independiente.

NAR. Y usted, Narciso, cómo ha hecho su carrera?

NAR. Yo, hija mía de mi alma, empecé con... vamos, con nada. Pero este nada fue así aumentando, aumentando, hasta que he llegado á estar como estoy.

NAR. Cuánto me alegro!

NAR. Muchas gracias!

NAR. Con que tambien hombre acaudalado?

NAR. Hoy en día, aunque quisiera gastar todo mi dinero, me seria de todo punto imposible.

NAR. Con que vivirá usted en una altura que...

NAR. Que si vivo en altura? Toma! (ap.) En un quinto piso sin contar el entresuelo.

NAR. Pues bien, ahora conviene disimular; pero ya hablaremos.

NAR. Que sea pronto, Catalina.

NAR. Si, pero tengo que ver como me manejo con mi tio: un tio de mi marido, á cuya sombra estoy viviendo.

NAR. Ó! Hay tio de por medio... y tio que da sombra? No me descontenta.

NAR. Por eso encargo mucho la prudencia. No hable usted de mí con nadie. La reputacion de mugeres como yo, es muy delicada.

NAR. Lo mismo te digo por mi parte: la fama de hombres de mi clase pende á veces de un solo cabello... lo que se llama un cabello.

NAR. Adios, querido Narciso.

NAR. Adios, adorable Catalinita.

(Le toma la mano y se la besa, á tiempo que Tokembourg sale por la puerta del foro con un vaso de ponche en la mano, meneándole con una cucharilla, y ve la accion de Narciso.)

ESCENA XVI.

NARCISO, LA BARONESA, TOKEMBOURG.

TOK. (al salir.) Ouf! Esto senior jase un cosa estrania á mí.

NAR. (ap.) Ay! mi marido! (ap. á Narciso.) Este es mi tio.

NAR. (ap.) Ah! las trazas son de un alemanuco con buenos talegos.

TOK. (después de empujar el vaso, y dejarle sobre una mesa, se acerca á la baronesa observando siempre á Narciso.) Uistè conose esto jófen, seniora?

NAR. Ya se vé que sí; pues no te acuerdas? Aquel caballero de Amsterdam, que encontramos en los baños, que hablaba tan perfectamente el español... (mientras la baronesa dice esto, Tokembourg observa á Narciso con el lente, y este le hace mil cortesias ridiculas.)

TOK. Esto es un fisonomía que yo tengo en el
fido.

BAR. Vaya! Pues es (con misterio.) nada menos
que el hijo único de aquel famoso banquero
Van-Truck.

TOK. Van-Truck. Este señor Crisanto ha dicho á
mí ser un senador esto capaliero.

BAR. Qué sabe don Crisanto, si ese hombre todo
lo trabuca?

TOK. Efectivamente, esto señor es todo un tra-
bucó. Mas qué desía á usted esto jofen Van-
Truck?

BAR. Está enamorado de Carolina, y me pedía
que me interesara por él.

TOK. Ah! Era esto lo que él pedía á usted?

BAR. Por supuesto.

TOK. E antes, al rijodon, pedía esto á mí so-
brina?

BAR. Eso mismo.

TOK. (ap.) No es timonio esto casamiento. (acer-
cándose á Narciso.) Señor mío, usted conose á
mí como amigo.

NAR. Servidor de usted. (ap.) Qué diablos le ha-
brá dicho?

TOK. Yo conosco pien esto casa, Van-Truck.

NAR. Si, eh? Pues, señor, me alegro mucho. (ap.)
Maldito si entiendo una palabra. Pero en fin,
un amigo mas... Si este se hiciera mi parro-
quiano... Me atreva yo á ponerle estos pelos
blancos... Oh! Divinamente.

TOK. Yo adiño, señor, el objeto te su fenida.

NAR. Le aseguro á usted que he venido por una
mera casualidad.

TOK. Usted sape la nesessitat tel tinero en esto
Espania.

NAR. Oh! Si... Muchísima necesidad de dinero...
Digamelo usted á mí.

TOK. (con intencion misteriosa.) A usted na fendría
mal el empréstito.

NAR. Un empréstito, eh? Confieso que me senta-
ría perfectamente.

BAR. Pero á qué viene hablar aquí de nego-
cios?

TOK. Usted ha esaminato el estado de la bolsa.

NAR. El estado de la bolsa? El mas lastimoso...
(ap.) Por eso me la he dejado en casa.

TOK. Yo creo que si tres ó cuatro hombres de
fondos como usted é yo marchamos unidos.

NAR. Si, si, unamos nuestros fondos, y luego
partamos por igual... (ap.) A este le ha hecho
daño el ponche, no hay remedio. (se oye á la
orquesta empezar un vals.)

BAR. Pero, señor, yo estoy comprometida para
este vals... entramos al salón, ó se van usted
á estar toda la noche hablando del em-
préstito?

TOK. Famos, senhora. (á Narciso.) Importa ha-
blar tespasio: yo siempre serfidor te uisté

NAR. Yo lo soy de usted. (ap. á la baronesa.) Nos
veremos.

BAR. Si.

(Tokembourg da el brazo á la baronesa: esta al irse
alarga la mano por detrás á Narciso, que la toma y se la
besa, viéndolo Eduardo que sale por la puerta del foro.)

ESCENA XVII.

EDUARDO, NARCISO.

EDU. (alsalir.) Qué veo!

NAR. Pues señor, vaya esto por ahora... á la som-
bra del tío, como dice Catalina.

EDU. Caballero, una palabra.

NAR. Oh, amigo mío! Dónde diablos se ha meti-
do usted? He dado la esquelita á aquella jóven
la ha leído, y aun creo que ya la sabe de me-
moría.

EDU. (con sequedad.) Mil gracias. Pero dígame
usted: esa señora que salía de aquí, y á quien,
usted ha besado la mano...

NAR. Ja, ja, ja. Con que me ha visto usted, pica-
rillo?

EDU. Usted la conoce?

NAR. Mejor que su madre.

EDU. Pues sepa usted que esa es la persona de
quien yo huyo, la que se opone á mi matri-
monio.

NAR. Ah! Pues... pierda usted cuidado; queda el
asunto bajo de mi proteccion. Le hablaré, y...
vamos, es cosa hecha.

EDU. Pero, está usted seguro?

NAR. Segurísimo. Como que... digo... esto aquí
para entre nosotros: esa señora jamás me ha
negado cosa alguna.

EDU. De veras?

NAR. Mire usted, ella no quiere que se diga; pe-
ro es mi primer amor. Nos han sucedido co-
sas... vaya, se podría escribir una novela. To-
davía conservo un medallon con pelo suyo...
Dos corazones atravesados con un espadín, y
debajo la fidelidad en figura de perro de pre-
sa. Mucho, mucho me ha querido esa muger...
y... estoy seguro que aun en el día á nadie
quiere sino á mí.

EDU. Será posible? Tanta falsedad! Tanta per-
fidia!

NAR. Qué es eso? Le da á usted algo?

EDU. Y yo, que la compadecia, que la disculpa-
ba!... Si, amigo, sepa usted que esa muger ha
fingido estar enamorada de mí, y que por eso
se oponía á mi casamiento. Me ha engañado,
me ha seducido...

NAR. Hombre! Con que éramos rivales? Con que
nos engañaba como á un par de camuesos? Que
iniquidad! Eso clama venganza. Que se hubie-
ra casado, vaya con mil demonios, aunque en
rigor maldita la falta que le hacia. Pero estor-
bar que usted se case, con qué derecho?

EDU. Como mi amada es sobrina de su marido...

NAR. De su difunto marido?

EDU. No, del baron de ese aleman con quien usted
hablaba

NAR. Ese? Ese alemanuco que baila todavía con
60 años en cada pata, que habla chapurrado, y,
que me llama Van-Truck? Ah! y la pérdida me
ha hecho creer... Pero yo me vengaré. Catalina
te acordarás de mí.

ESCENA XVIII.

DICHOS, y CAROLINA.

CAR. Ah! Eduardo, creí que se había usted ido.

EDU. Como, Carolina, sin hablar á usted Pero te-
mo á la baronesa, y...

CAR. Está entretenida con un mayorazgo de Ga-
licia que ha venido á un pleito...

NAR. Oh! Pues está asegurada por un par de ho-
ras.

EDU. Y el baron?

CAR. En la sala de juego; pero se vendrá pronto porque nadie quiere poner contra él por lo fuerte que apunta.

NAR. Que tal? Si tendrá agallas el alemanesco!

EDU. Qué haríamos? Tengo tantas cosas que decir á usted!.. Y si el baron nos sorprende...

AB! Mi querido amigo, usted que es tan complaciente, si quisiera usted ir á jugar con el baron y entretenerle.

NAR. Yo! Pues la idea es peregrina! Aun si tuviera certeza de ganar, entonces con mil amores, yo soy capaz de hacer por usted toda especie de sacrificios.

EDU. No quede por eso; las pérdidas serán de mi cuenta. A Dios gracias no me he de morir por unas cuantas onzas de menos... Con que vaya usted, amigo, vaya usted.

NAR. Es que... aun hay otra dificultad. Casualmente, yo no se si por distraccion... el hecho es que me he venido sin un cuarto.

EDU. Hablára usted para mañana. *(le da la cartera.)* Aquí ballará usted dos billetes de 500 rs. Prolongue usted la partida todo lo posible, y sobre todo no pierda usted tiempo.

NAR. El tiempo es lo que menos me importa perder. Voy volando. *(ap.)* De esta hecha me armo: voy á peinarle al baron cinco talegas.

ESCENA XIX.

EDUARDO, CAROLINA.

EDU. Al fin nos dejan solos un instante. No es cosa cruel estar juntos en un baile, y no poder ni siquiera hablarse?

CAR. Y si á lo menos pudiéramos hablarnos con mas frecuencia! Yo no sé por qué no habla usted con mi tío, y se lo dice todo francamente: que me saque del colegio, y que nos case pronto... Tiene eso algo de particular?

EDU. Mi temor es que el baron no dejará de pedir parecer á su esposa; y ella, por causas que sería difícil explicar á usted, siempre se opondrá á nuestro enlace.

CAR. Sospecha usted eso?

EDU. No es sospecha, hija mia, sino evidencia, certidumbre. Solo me resta la esperanza de que ese jóven con quien he trabado amistad esta noche misma, aunque un poco singular y extravagante, se ha empeñado en servirme, no sé por qué.

CAR. Ciertamente; he visto que se toma un interés...

EDU. El tiene estrecha amistad con la baronesa...

CAR. Con mi tía?

EDU. Si, y me ha dado palabra de obtener su consentimiento.

CAR. Y quién es ese buen amigo?

EDU. Yo ignoro su nombre; pero su profesion le da bastante influencia, y...

ESCENA XX.

Dichos, y D. CRISANTO.

CAR. Ah! Señorita, celebro encontrar á usted. La baronesa anda en su busca por todas partes.

CAR. Mi tía?

CAR. Si. Y ya que la ocasion se presenta, permí-

tame usted ser el primero que le dé mil parabienes por su próximo enlace.

EDU. Cómo es eso? *(á un tiempo.)*

CAR. Qué enlace? *(á un tiempo.)*

EDU. Se casa esta señorita?

CAR. Se casa, y ya es inutil la reserva, porque nadie habla de otra cosa en los salones.

EDU. Pero con quién?

CAR. Con ese jóven que bailó ultimamente con Carolina, y ahora en este momento está jugando contra el baron de Tokembourg. Oh! bien puede jugar fuerte, yo lo creo; como que es hijo de un riquísimo banquero de Amsterdam.

CAR. Ese! Pues no dijo usted que era un senador por Galicia.

CAR. Le equivoqué al pronto, porque se parecen muchísimo: pero este es hijo del bondalés Van-Truck. Oh! Conozco á su familia muchísimo. Cuando yo estaba en Amsterdam casi todos los dias iba á comer en frente de su casa.

EDU. Y ese es el que pretende...

CAR. Y el que ha logrado: es ya negocio concluido.

EDU. Y me aparentaba tanta amistad! Qué alevosia!

CAR. Tate, tate, usted era su rival! Qué indiscreto he sido.

EDU. Al contrario, el desengaño ha venido á tiempo. Nos veremos las caras. Yo le dire á ese traidor...

CAR. Por Dios, Eduardo. *(casi á un tiempo.)*

CAR. A dónde va usted?

EDU. A buscar á ese infame.

CAR. Prudencia, prudencia... *(conteniéndole.)*

CAR. Eduardo.

ESCENA XXI.

Dichos, y NARCISO en la puerta del foro muy alborotado y descompuesto.

NAR. Bribones! *(mirando adentro.)* Yo os juro que ya me la pagaréis: si hay alguno que quiera habérselas conmigo...

EDU. Yo, yo estoy aquí.

NAR. Ah! mi querido diplomático... ese baron chuparrado que parece que no sabe á su casa... ese lebel!

EDU. Eh! dejemos eso. Tengo que pedir á usted esplicaciones...

NAR. Pues eso voy á hacer, á explicar. No sea usted tan vivo de genio, Eduardito.

CAR. *(poniéndose en medio.)* Señores, señores, permitan ustedes mediar como testigo, porque estas cosas...

NAR. Medie usted enhorabuena; el caso es este. El baron me propuso un ecarté; yo, que no lo entiendo mucho, le propuse otro juego.

CAR. El wisck?

NAR. El qué?

CAR. El wisck, digo.

NAR. Calle usted por Dios, ¿quién entiende eso? Yo queria jugar al mus, al tute, á la brisca... pero él se obstinó en su ecarté. Pues señor, el maldito baron siempre que daba levantaba el rey, y cuando no se le daba yo. Me daba bolas sin consuelo... Los que iban á su favor... otros tales como él... se decian en voz baja. «esta pasa, esta tambien pasa.» hasta que yo me harté y dije: Señores, alto ahí, esta ya no pasa; di-

viertanse ustedes con otro tonto. Vea usted si puede estar mas patente la fulleria.

CRI. Cómo! En esta casa, señor mio, no se comen semejantes indecencias.

NAR. U! Casas hay en Madrid tan encopeladas como esta y se cometen.

CRI. Y es muy extraño que usted ultraje de esa manera á un sugeto respetable como el baron, y mas cuando muy pronto será su tío.

NAR. Jesus! qué disparate! Amigo, envíe usted á componer la chaveta, porque...

EDU. Basta, señores; está visto que este caballero quiere todavia negar y burlarnos; pero yo le obligaré á que me dé cuenta estrecha de su proceder.

NAR. La cuenta pronto está dada: me birlaron los billetes...

EDU. Eso es lo que menos importa.

NAR. Importa mucho, porque aunque yo no los he perdido, me habia propuesto pescarle el doble... y ademas nu ha ganado dos onzas... esto es, me las ha ganado de memoria... Las cuales pienso pagarle como me las ha ganado. Le he dado mi palabra, y siempre se la daré.

EDU. Acabemos, amigo, porque yo ya pierdo la paciencia.

NAR. Lo mismo me ha sucedido á mi. Tras del dinero perdí la paciencia; empezamos á disputar, me acaloré, y... le tiré á la cara su cartera de usted.

CRI y CAR. Cómo!

EDU. Dios mio! Mi cartera en manos del baron.

NAR. En manos no, en las narices del baron. Allí se quedaba estornudando.

EDU. (Si ha encontrado la carta de su mujer, si la ha leído...) Usted me ha burlado, me ha perdido.

CAR. Es una picardia.

CRI. En efecto, un proceder muy poco digno de...

CAR. Y todo es inútil, porque yo nunca, nunca me casaré con usted.

NAR. (Esta gente se ha vuelto loca.)

EDU. Carolina, es preciso que hablemos á la baronesa; despues yo buscaré al señor.

CRI. Señores, el baron. (*vase Eduardo.*)

ESCENA XXI.

CHISANTO, CAROLINA, NARCISO, el BARON, que sale mirando á todos con el lente.

TOK. Eúisté, seniorita, qué jase aquí?

CAR. Estaba buscando á mi tia.

TOK. E pusque uisté al salon allí encontrará.

CAR. Voy.

CRI. Seniorita, permitame usted (*vase con ella del brazo.*)

ESCENA XXIII.

NARCISO, TOKEMBOURG.

TOK. (*pausa.*) Capaliero. (*con un papel en la mano*

NAR. Qué hay? Todavia viene usted á perseguir-
ome? Ya he dado mi palabra, y...

TOK. E uisté no inganía á mi. Es conosida su ca-
goria.

NAR. (Tiró el diablo de la manta.)

TOK. Esto pillete me dise pien que uisté no es
mas que un simple artista.

NAR. Y bien, qué tenemos? Ya es mucho encogi-
miento el mio. A mucha honra: mas vale ser
simple artista, que baron simple.

TOK. Simplo? Yo lo soy te la primera clase.

NAR. Pues bien, es usted un simple de primera
clase. Me ha conocido usted, y qué? Quiere usted
llamar gente, mover escándalo? Pues buen-
no; se armará, y veremos de quien se rie mas
el mundo cuando esto se divulgue, si de usted
ó de mi.

TOK. Nincun ruido. Todo queda entre nosotros.
(*acercandose y tomándole la mano.*) Yo espero á
uisté maniana, manianita.

NAR. Para qué?

TOK. Uisté tobe comprender mi.

NAR. Ah, ah! (Vamos, este es moro de paz; todo
el aborato ha venido á parar en adquirir un
parroquiano.)

TOK. Aunque uisté fe estas canas, yo soy un hom-
bre que quiero quedar siempre bien.

NAR. (*mirándole la cabeza por todas partes.*) Y qué
importan las canas? Va se vé que quedará us-
ted bien; quedará usted perfectamente.

TOK. (*dándole una tarjeta.*) Aquí tiene uisté la
seña te mi casa; uisté me tará la suya.

NAR. Con mucho gusto. Le daré á usted tres ó
cuatro. (*Tokembourg las guarda.*) A qué hora?

TOK. Las ocho. E uisté mi tirá en que términos.

NAR. Corriente, iré á las ocho. Por lo demas no
reñiremos.

TOK. Oh! si señor. Nosotros reñiremos sin falla.

NAR. Por qué? Cuando usted vea mi destreza...

TOK. Uisté está muchio fanfarron.

NAR. Cómo!

TOK. E muchio insolente.

NAR. (Se habrá visto viejo mas loco?) Pues, se-
ñor, me vuelvo atrás de lo dicho; á mi no se me
trata así.

TOK. E uisté no irá?

NAR. No señor; busque usted otro si le acomoda;
yo no quiero nada con mentecatos.

TOK. (*enfurecido.*) Oh!... tesvergüenza!... Yo! el
baron Tokembourg mantecalo E uisté es...
(*saca un diccionario pequenito del bolsillo y em-
pieza á hojearle.*) Uisté es... un... un mendrugo.

ESCENA XXIV.

Dichos, la BARONESA, CAROLINA, EDUARDO, que salen
apresuradamente.

BAR. Aquí conmigo, y nada hay que temer. Ba-
ron?

TOK. E uisté, seniora, es osada á presentarse
á mi?

BAR. Y por qué no?

TOK. E esto pilleteito? (*mostrando la carta.*)

NAR. A propósito, venga eso, que no es de usted.
(*arrebatada la cartera que tambien tenia en la ma-
no el baron.*) Mi querido diplomático, tome us-
ted su cartera

TOK. E cómo! esto cartero no es á usted?

NAR. Es de mi amigo Eduardo.

TOK. Eduardo Penafides. Esto es sierto. Ah! mil
partones, mi querido Van-Truk.

NAR. Otra vez? Esta chocho sin remedio.

TOK. (*á la Baronesa y señalando á Eduardo.*) Con
que era á esto capaliero á quien uisté escripia
«yo esperaré toda la noche?»

BAR. Y qué? el señor pretende la mano de Caro-

lina, y yo le aguardaba para hablar de este asunto.

TOK. Te Carolina?

NAB. Si, amigo baron, y yo me empeño por él, yo le protejo.

TOK. (Yo estaba un poco pruto por los selos.) Mas yo quiero tar mi soprina a esto Van-Truk.

NAB. Vamos, Eduardo, de rodillas delante del tío. Usted nunca ha leído novelas?

TOK. Yo no consentiré jamás.

NAB. Como! Es posible, señor baron...? El amor, la naturaleza... los sentimientos de las entrañas de la naturaleza... No le habla á usted la paternidad en favor de su sobrina? Porque es preciso convencerse: la misión de los tios sobre la tierra... y como dijo el otro... el cielo ve nuestros corazones, y mas vale un tomo, que dos te daré... Usted cumplirá los deberes de la filosofía, y cuando llegue la muerte verá llevar sus huesos al sepulcro. (ap. a Eduardo.)

Qué tal, he dicho algo?

TOK. E uisté, amigo Van-Truk, no quiere casarse?

NAB. Yo...! Yo mientras usted viva, no me casaré jamás. (se vuelve á mirar á la baronesa y da un suspiro.) Ah!

BAB. Vamos, baron, qué se resuelve?

ECC. Tío mío!

ECC. Señor baron.

TOK. (a Eduardo) Uisté tomará mi sobrina?

CAR. y EDC. Ah! qué bondad!

TOK. Las gracias á esto señor Van-Truk.

NAB. Nada de gracias, amigos, yo no quiero mas gracias que mi sombrero. (No he escapado de mala.)

BAB. Pero no va usted en coche?

NAB. No, no, voy en mi sombrero. ¿Dónde me le han...? (se entra por la puerta del foro.)

ESCENA XXV.

D. CRISANTO con algunos convidados, y dichos menos NARCISO.

CR1. Señores, señores, una cosa extraordinaria.

BAB. EDC. y TOK. Qué hay?

CR1. Saben ustedes dónde está el hijo de Van-Truk?

CAR. Allá dentro buscando el sombrero.

CR1. Qué! si está en Londres.

VARIOS. En Londres!

CR1. Acabo de saberlo positivamente.

TOK. Pues quién es esto otro?

CAR. Un senador por Galicia.

EDC. Un periodista.

CR1. Nada de eso, estan ustedes en un error.. Yo debía haberle reconocido antes... si yo conozco á Van-Truk perfectamente.

EDC. Pero bien, quién es, ya que usted le conoce?

CR1. Oh! si le conozco... ese es... un desconocido.

TOK. Mas yo tengo aqui su tarquela.

CR1. Hombre, pues entonces...

BAB. EDC. A ver, á ver!

TOK. El me ha dado cuatro. (las reparte.)

EDC. (leyendo una.) «Narciso Pelote, peluquero.»

TOK. Un peluquero!

CR1. (Qué compromiso! estoy abochornado!) Bien ha hecho en irse, porque si no...

ESCENA ULTIMA.

Dichos, y NARCISO.

NAB. (sale atropellando á todos) Señores, con mil diablos, dónde me han puesto ustedes el sombrero?

CR1. Y tiene usted atrevimiento para...

NAB. Para pedir mi sombrero? Pues ya se ve que si.

CR1. Esto pasa de raya. Ahora lo veremos. (vase.)

Todos se miran unos á otros y se rien de Narciso.)

NAB. Pero señores, me quieren ustedes explicar?

TOK. Esto es que uisté está un peluquero.

NAB. Toma! pues eso lo sabía yo antes que todos ustedes.

CR1. (que sale.) Señor mío, usted no está bien aquí.

NAB. Por eso me quiero marchar.

CR1. Y es muy extraño que sin autorizacion...

NAB. Yo la tengo.

CR1. De quién?

NAB. (con prontitud.) De usted que me ha llamado su amigo, que me ha impedido el marcharme, que me ha quitado el sombrero para estorbármelo... etc. (todos se rien y don Crisanto queda confuso.)

EDC. Tiene razon; y ya que él me ha protegido, yo le protejo ahora, y pido que, pues este lance nos ha servido de diversion, no se cause al señor ninguna afrenta.

BAB. Yo tambien le protejo.

NAB. Tú me proteges?...

TOK. Como! (interrumpiéndole.)

NAB. (enmendándolo.) Oh! fortuna! tú me proteges, y me sacas bien de este aprieto!... Solo falta á mi felicidad, señores, que ustedes recomienden una solitud... (saca un pliego de papel en forma de memorial.) Es cosa breve... ustedes permiten?

TODOS. Si, si, que la lea, que la lea.

NAB. (se adelanta y lee.) «Al público.» — «Don Narciso Pelote, peluquero.»

FER. (sale con el sombrero de Narciso, se le presenta, y le señala á la puerta) Señor don Narciso?

NAB. (con altanería) Qué hay?

FER. Este sombrero, y...

NAB. Venga. (se le pone y sigue leyendo.) «Don Narciso Pelote...»

FER. Señor don Narciso Pelote, si usted tuviera la bondad de...

NAB. Déjeme usted en paz. Extraño mucho que un criado venga aquí á mezclarse entre la gente de forma. (todos se rien y él continua leyendo.)

Don Narciso Pelote, peluquero, al público español se recomienda; mas no es su fin y objeto verdadero que atienda á frecuentar su pobre tienda; bástele con que entienda: lo primero, que en este su pedir hay gran trastienda; comprendedle... y pensad ¡oh ciudadanos! que está su salvacion... en vuestras manos.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO. — Es copia del original censurado.

MADRID, 1850.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.

Los caballos de dos siglos des- pues, t. 1.	1	Los misterios de París, primera parte, t. 1.	1	No hay a No me desolado, o. 3.	3	Un padre para mi amigo, t. 2.	3
La Columna, t. 5.	2	2	2	2	2	2	2
Castellana de Loral, t. 5.	3	3	3	3	3	3	3
Cruc de Malta, t. 5.	4	4	4	4	4	4	4
Cabeza de pájaro, t. 1.	5	5	5	5	5	5	5
La cabeza de Santiago del magne- tismo, t. 3 y p. 6.	6	6	6	6	6	6	6
Los Contrastes, t. 1.	7	7	7	7	7	7	7
La conciencia sobre todo, t. 2.	8	8	8	8	8	8	8
Cocinera casada, t. 1.	9	9	9	9	9	9	9
Las camaristas de la Reina, t. 1.	10	10	10	10	10	10	10
La Corona de Ferraro, t. 5.	11	11	11	11	11	11	11
La legación de Saint-Cyr, t. 5.	12	12	12	12	12	12	12
La cantinera, o. 1.	13	13	13	13	13	13	13
Cruc de la torre blanca, o. 1.	14	14	14	14	14	14	14
Conquista de Murcia por don Jaime de Aragón, o. 3.	15	15	15	15	15	15	15
Calderona, o. 3.	16	16	16	16	16	16	16
Condessa de Senecy, t. 3.	17	17	17	17	17	17	17
Casa del Rey, t. 1.	18	18	18	18	18	18	18
Capilla de San Magin, o. 4.	19	19	19	19	19	19	19
Cadena del crimen, t. 1.	20	20	20	20	20	20	20
Campanilla del diablo, t. 4 y p. Maga.	21	21	21	21	21	21	21
Las cartas del Conde-duque, t. 2.	22	22	22	22	22	22	22
La cuenta del Zapatero, t. 1.	23	23	23	23	23	23	23
Una casa en rifa, t. 1.	24	24	24	24	24	24	24
Doble casa, t. 1.	25	25	25	25	25	25	25
Los dos Escarros, o. 3.	26	26	26	26	26	26	26
La diela por un anillo, y mágic- o rey de Hida, o. 3. Mena.	27	27	27	27	27	27	27
Los desposorios de Luis, o. 3.	28	28	28	28	28	28	28
Los dos corrajes, t. 3.	29	29	29	29	29	29	29
Los dos hermanas, t. 3.	30	30	30	30	30	30	30
Los dos ladrones, t. 1.	31	31	31	31	31	31	31
Los reales, o. 3.	32	32	32	32	32	32	32
Los desposorios de la diela, t. 2.	33	33	33	33	33	33	33
Los contrapuntos, t. 3.	34	34	34	34	34	34	34
Los dos ángeles guardasanes, t. 1.	35	35	35	35	35	35	35
Los maridos, t. 1.	36	36	36	36	36	36	36
Una dama en el guarda-ropa, o. 1.	37	37	37	37	37	37	37
Los dos corales, o. 3.	38	38	38	38	38	38	38
La esclava de su señor, o. 3.	39	39	39	39	39	39	39
Fortuna en la locura, o. 3.	40	40	40	40	40	40	40
Los falsificadores, t. 3.	41	41	41	41	41	41	41
La feria de Roma, o. 1.	42	42	42	42	42	42	42
Felicidad en la locura, t. 1.	43	43	43	43	43	43	43
La toral, t. 4.	44	44	44	44	44	44	44
Una en el carrer, o. 3.	45	45	45	45	45	45	45
La feria de Madrid, o. 6 c.	46	46	46	46	46	46	46
Los Fueros de Cataluña, o. 3.	47	47	47	47	47	47	47
La guerra de las mujeres, t. 10 c.	48	48	48	48	48	48	48
La gloria de los tribunales, t. 1.	49	49	49	49	49	49	49
La gloria de la mujer, o. 3.	50	50	50	50	50	50	50
La gloria de Cruzel, t. 1.	51	51	51	51	51	51	51
La gloria de la diela, t. 1.	52	52	52	52	52	52	52
La gloria de la diela, t. 1.	53	53	53	53	53	53	53
La gloria de la diela, t. 1.	54	54	54	54	54	54	54
La gloria de la diela, t. 1.	55	55	55	55	55	55	55
La gloria de la diela, t. 1.	56	56	56	56	56	56	56
La gloria de la diela, t. 1.	57	57	57	57	57	57	57
La gloria de la diela, t. 1.	58	58	58	58	58	58	58
La gloria de la diela, t. 1.	59	59	59	59	59	59	59
La gloria de la diela, t. 1.	60	60	60	60	60	60	60
La gloria de la diela, t. 1.	61	61	61	61	61	61	61
La gloria de la diela, t. 1.	62	62	62	62	62	62	62
La gloria de la diela, t. 1.	63	63	63	63	63	63	63
La gloria de la diela, t. 1.	64	64	64	64	64	64	64
La gloria de la diela, t. 1.	65	65	65	65	65	65	65
La gloria de la diela, t. 1.	66	66	66	66	66	66	66
La gloria de la diela, t. 1.	67	67	67	67	67	67	67
La gloria de la diela, t. 1.	68	68	68	68	68	68	68
La gloria de la diela, t. 1.	69	69	69	69	69	69	69
La gloria de la diela, t. 1.	70	70	70	70	70	70	70
La gloria de la diela, t. 1.	71	71	71	71	71	71	71
La gloria de la diela, t. 1.	72	72	72	72	72	72	72
La gloria de la diela, t. 1.	73	73	73	73	73	73	73
La gloria de la diela, t. 1.	74	74	74	74	74	74	74
La gloria de la diela, t. 1.	75	75	75	75	75	75	75
La gloria de la diela, t. 1.	76	76	76	76	76	76	76
La gloria de la diela, t. 1.	77	77	77	77	77	77	77
La gloria de la diela, t. 1.	78	78	78	78	78	78	78
La gloria de la diela, t. 1.	79	79	79	79	79	79	79
La gloria de la diela, t. 1.	80	80	80	80	80	80	80
La gloria de la diela, t. 1.	81	81	81	81	81	81	81
La gloria de la diela, t. 1.	82	82	82	82	82	82	82
La gloria de la diela, t. 1.	83	83	83	83	83	83	83
La gloria de la diela, t. 1.	84	84	84	84	84	84	84
La gloria de la diela, t. 1.	85	85	85	85	85	85	85
La gloria de la diela, t. 1.	86	86	86	86	86	86	86
La gloria de la diela, t. 1.	87	87	87	87	87	87	87
La gloria de la diela, t. 1.	88	88	88	88	88	88	88
La gloria de la diela, t. 1.	89	89	89	89	89	89	89
La gloria de la diela, t. 1.	90	90	90	90	90	90	90
La gloria de la diela, t. 1.	91	91	91	91	91	91	91
La gloria de la diela, t. 1.	92	92	92	92	92	92	92
La gloria de la diela, t. 1.	93	93	93	93	93	93	93
La gloria de la diela, t. 1.	94	94	94	94	94	94	94
La gloria de la diela, t. 1.	95	95	95	95	95	95	95
La gloria de la diela, t. 1.	96	96	96	96	96	96	96
La gloria de la diela, t. 1.	97	97	97	97	97	97	97
La gloria de la diela, t. 1.	98	98	98	98	98	98	98
La gloria de la diela, t. 1.	99	99	99	99	99	99	99
La gloria de la diela, t. 1.	100	100	100	100	100	100	100

ADVERTENCIAS.

- La primera casilla manifiesta las
mueres que en la comedia tiene, y la
segunda los Bombrs.
- Las letras O y T que acompaña
a cada título, significan si es original ó
traducción.
- En la presente lista están incluidas
las comedias que pertenecieron a don
Ignacio Boix y a don Juan Merás, que
en los repertorios Nueva Galería y
Museo Dramático se publicaron, cuya
propiedad adquirió el señor Lalama.
- Se venden en Madrid, en las librerías
de PEREZ, calle de las Carretas, y
GUSTIA, calle Mayor.
- En Provincias, en casa de sus Cor-
responsales.

MADRID: 1855

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba, n. 13.

1	Alcornoque con brujas, t. 1.	15	— Braço y la Corona de Venecia, t. 5.	30	— Buena ventura, t. 5.	45	8 Perdón y olvido, t. 5.
2	Alcornoque con brujas, t. 1.	16	— Buena ventura, t. 5.	31	— Buena ventura, t. 5.	46	9 Para que te comprometas, t. 1.
3	Alcornoque con brujas, t. 1.	17	— Buena ventura, t. 5.	32	— Buena ventura, t. 5.	47	10 Pobre martir, t. 5.
4	Alcornoque con brujas, t. 1.	18	— Buena ventura, t. 5.	33	— Buena ventura, t. 5.	48	11 Pobre madre, t. 5.
5	Alcornoque con brujas, t. 1.	19	— Buena ventura, t. 5.	34	— Buena ventura, t. 5.	49	12 Para un apuro un amigo, o. 1.
6	Alcornoque con brujas, t. 1.	20	— Buena ventura, t. 5.	35	— Buena ventura, t. 5.	50	13 Pagara: delictor, o. 5.
7	Alcornoque con brujas, t. 1.	21	— Buena ventura, t. 5.	36	— Buena ventura, t. 5.	51	14 Por un amigo, t. 5.
8	Alcornoque con brujas, t. 1.	22	— Buena ventura, t. 5.	37	— Buena ventura, t. 5.	52	15 Qué será? del duende de Aranjuez, o. 1.
9	Alcornoque con brujas, t. 1.	23	— Buena ventura, t. 5.	38	— Buena ventura, t. 5.	53	16 Recuerdos III, segunda parte de los Hijos de Eduardo, t. 5.
10	Alcornoque con brujas, t. 1.	24	— Buena ventura, t. 5.	39	— Buena ventura, t. 5.	54	17 Rocio la bañadora, o. 1.
11	Alcornoque con brujas, t. 1.	25	— Buena ventura, t. 5.	40	— Buena ventura, t. 5.	55	18 Rocio la bañadora, t. 5.
12	Alcornoque con brujas, t. 1.	26	— Buena ventura, t. 5.	41	— Buena ventura, t. 5.	56	19 Rocio la bañadora, t. 5.
13	Alcornoque con brujas, t. 1.	27	— Buena ventura, t. 5.	42	— Buena ventura, t. 5.	57	20 Rocio la bañadora, t. 5.
14	Alcornoque con brujas, t. 1.	28	— Buena ventura, t. 5.	43	— Buena ventura, t. 5.	58	21 Rocio la bañadora, t. 5.
15	Alcornoque con brujas, t. 1.	29	— Buena ventura, t. 5.	44	— Buena ventura, t. 5.	59	22 Rocio la bañadora, t. 5.
16	Alcornoque con brujas, t. 1.	30	— Buena ventura, t. 5.	45	— Buena ventura, t. 5.	60	23 Rocio la bañadora, t. 5.
17	Alcornoque con brujas, t. 1.	31	— Buena ventura, t. 5.	46	— Buena ventura, t. 5.	61	24 Rocio la bañadora, t. 5.
18	Alcornoque con brujas, t. 1.	32	— Buena ventura, t. 5.	47	— Buena ventura, t. 5.	62	25 Rocio la bañadora, t. 5.
19	Alcornoque con brujas, t. 1.	33	— Buena ventura, t. 5.	48	— Buena ventura, t. 5.	63	26 Rocio la bañadora, t. 5.
20	Alcornoque con brujas, t. 1.	34	— Buena ventura, t. 5.	49	— Buena ventura, t. 5.	64	27 Rocio la bañadora, t. 5.
21	Alcornoque con brujas, t. 1.	35	— Buena ventura, t. 5.	50	— Buena ventura, t. 5.	65	28 Rocio la bañadora, t. 5.
22	Alcornoque con brujas, t. 1.	36	— Buena ventura, t. 5.	51	— Buena ventura, t. 5.	66	29 Rocio la bañadora, t. 5.
23	Alcornoque con brujas, t. 1.	37	— Buena ventura, t. 5.	52	— Buena ventura, t. 5.	67	30 Rocio la bañadora, t. 5.
24	Alcornoque con brujas, t. 1.	38	— Buena ventura, t. 5.	53	— Buena ventura, t. 5.	68	31 Rocio la bañadora, t. 5.
25	Alcornoque con brujas, t. 1.	39	— Buena ventura, t. 5.	54	— Buena ventura, t. 5.	69	32 Rocio la bañadora, t. 5.
26	Alcornoque con brujas, t. 1.	40	— Buena ventura, t. 5.	55	— Buena ventura, t. 5.	70	33 Rocio la bañadora, t. 5.
27	Alcornoque con brujas, t. 1.	41	— Buena ventura, t. 5.	56	— Buena ventura, t. 5.	71	34 Rocio la bañadora, t. 5.
28	Alcornoque con brujas, t. 1.	42	— Buena ventura, t. 5.	57	— Buena ventura, t. 5.	72	35 Rocio la bañadora, t. 5.
29	Alcornoque con brujas, t. 1.	43	— Buena ventura, t. 5.	58	— Buena ventura, t. 5.	73	36 Rocio la bañadora, t. 5.
30	Alcornoque con brujas, t. 1.	44	— Buena ventura, t. 5.	59	— Buena ventura, t. 5.	74	37 Rocio la bañadora, t. 5.
31	Alcornoque con brujas, t. 1.	45	— Buena ventura, t. 5.	60	— Buena ventura, t. 5.	75	38 Rocio la bañadora, t. 5.
32	Alcornoque con brujas, t. 1.	46	— Buena ventura, t. 5.	61	— Buena ventura, t. 5.	76	39 Rocio la bañadora, t. 5.
33	Alcornoque con brujas, t. 1.	47	— Buena ventura, t. 5.	62	— Buena ventura, t. 5.	77	40 Rocio la bañadora, t. 5.
34	Alcornoque con brujas, t. 1.	48	— Buena ventura, t. 5.	63	— Buena ventura, t. 5.	78	41 Rocio la bañadora, t. 5.
35	Alcornoque con brujas, t. 1.	49	— Buena ventura, t. 5.	64	— Buena ventura, t. 5.	79	42 Rocio la bañadora, t. 5.
36	Alcornoque con brujas, t. 1.	50	— Buena ventura, t. 5.	65	— Buena ventura, t. 5.	80	43 Rocio la bañadora, t. 5.
37	Alcornoque con brujas, t. 1.	51	— Buena ventura, t. 5.	66	— Buena ventura, t. 5.	81	44 Rocio la bañadora, t. 5.
38	Alcornoque con brujas, t. 1.	52	— Buena ventura, t. 5.	67	— Buena ventura, t. 5.	82	45 Rocio la bañadora, t. 5.
39	Alcornoque con brujas, t. 1.	53	— Buena ventura, t. 5.	68	— Buena ventura, t. 5.	83	46 Rocio la bañadora, t. 5.
40	Alcornoque con brujas, t. 1.	54	— Buena ventura, t. 5.	69	— Buena ventura, t. 5.	84	47 Rocio la bañadora, t. 5.
41	Alcornoque con brujas, t. 1.	55	— Buena ventura, t. 5.	70	— Buena ventura, t. 5.	85	48 Rocio la bañadora, t. 5.